

CAPITULO VI.

El triunfo de la verdad.



DIJERON alto antes de llegar á Granada, en una poblacion inmediata, y allí tuvo el almirante la inmensa alegría de abrazar á sus hijos, que corrieron á su encuentro.

Diego se apresuró á confiar á su padre el profundo sentimiento que habia experimentado la reina y los inmensos deseos que tenia de indemnizarle de aquellos sufrimientos, colmándole de atenciones.

Por órden suya le llevaba magníficos trajes para que él y sus hermanos pudieran presentarse en la corte con gran aparato y ostentacion.

Al mismo tiempo habian dispuesto que salieran á recibirle los grandes dignatarios y que le acompañaran en triunfo hasta el alcázar.

Estas medidas, cuando ya tenian motivo los reyes para saber las acusaciones de que habia sido objeto, porque Colon no ignoraba que habia llegado al mismo tiempo que él la sumaria redactada por Bobadilla, le hizo ver que los reyes daban más fe á sus palabras que á las delaciones de todos los colonos y de su nuevo jefe.

Natural era que volviese á su alma la tranquilidad que habia perdido, que recobrase sus quebrantadas fuerzas, y que se presentase en la corte de los reyes de España con la gran-

deza que habia adquirido, y que aumentaban en cierto modo las vejaciones de que habia sido objeto.

En compañía de sus hermanos y de las personas que habian salido con él de Cádiz, llegó á Granada; allí fué recibido por los emisarios de los reyes y conducido á palacio por medio de una inmensa muchedumbre, que le vitoreaba y le aplaudia como queriendo resarcirle de los padecimientos que habia sufrido.

Los reyes le aguardaban, y al verle entrar en la régia cámara, se inundaron de lágrimas los ojos de la augusta Isabel.

Las lágrimas de aquella sublime reina conmovieron al almirante.

Adelántandose hacia el estrado, se postró de hinojos, besó la augusta mano que le tendian, quiso hablar; pero la emocion le ahogaba, y durante algun tiempo permaneció en silencio.

Sus ojos, su actitud, todo revelaba la profunda gratitud que experimentaba en aquellos momentos, y los que asistian à aquel espectáculo, tan conmovedor como sublime, no podian ménos de participar de la impresion general, dando solemnidad con su silencio y su recogimiento á aquel acto, en que la justicia se presentaba con toda su majestuosa grandiosidad á rehabilitar á un hombre á quien habian ultrajado sus falsos sacerdotes.

Los reyes, que estaban sentados en el trono, se levantaron y le saludaron con cariñosas frases.

Al fin pudo expresar sus sentimientos, y en medio de la mayor atencion habló de esta manera:

—Yo doy gracias al cielo, exclamó conmovido, porque al sumirme en la desventura ha querido inspirar á mi alma mayores motivos de gratitud, y me ha dado los medios de comprender el magnànimo, el justo, el generoso corazón de vues-

tras majestades. ¿Quién dirá al verme ahora en el colmo de la ventura que yo soy el que há poco, despojado inmerecidamente de mis títulos, tratado como un malhechor, cargado de cadenas, llegué à la patria à quien he consagrado toda mi vida? ¡Elocuente lección para los que, halagados por la fortuna, se ciegan y se olvidan de sus deberes!

«Cuando la conciencia está tranquila, sufre las adversidades con serenidad, porque la hora de la justicia llega. La verdad triunfa de la mentira, y la inocencia recibe el galardón.»

Después de pronunciar estas palabras, quiso vindicarse de las acusaciones de que era objeto.

No hagais tal, exclamó la reina. Os conocemos lo bastante para saber que también ahora os han calumniado. El mejor defensor que teneis es la crueldad de vuestros enemigos. Ellos son los que necesitan disculparse ante el mundo y ante nosotros de los abusos que han cometido, y como los ultrajes que se os han hecho han sido sin nuestra anuencia, porque siempre hemos admirado las grandes prendas de vuestro carácter y los grandes servicios que habeis prestado à la corona, sufrirán el castigo que merecen.

—Por nuestra parte, añadió el rey, desaprobamos la conducta de don Francisco Bobadilla: todos sus actos han sido contrarios à las instrucciones que recibió, y muy en breve será arrojado del puesto que ha usurpado de una manera tan inicua, para sufrir el castigo que merece.

¿Qué mayor satisfacción podía desear Colon por los ultrajes que habia recibido?

Después de la solemne recepción, hablaron particularmente los reyes al almirante, y aseguraronle que se le devolverían sus bienes y se le rehabilitaría en el goce de todos sus privilegios y dignidades.

—Ahora descansad en la corte, le dijeron; reponed vuestras abatidas fuerzas, tranquilizaos, y contad siempre con nuestra protección, con nuestro afecto para las nuevas empresas que intentais acometer.

—Mi única ambición hoy, contestó el almirante, es verme restablecido en el empleo que me han usurpado, porque mientras esto no suceda, me parecerá que he delinquido y que envuelve mi nombre un anatema.

Ofrecieron sus majestades hacerle completa justicia, y Colon se entregó de nuevo à la esperanza de poder volver en breve en triunfo à recuperar el mando de Santo Domingo.

No dejaba de ser esto una ilusión.

Sus enemigos habian sido vencidos; pero trabajaban por debajo de cuerda, y eran hábiles y poderosos para poder sofocar en el ánimo de los reyes sus mejores sentimientos, y hacer sufrir à Colon la venganza que les habia inspirado su gloria.